



REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

## SUMARIO

CARLOS MIRANDA

De parranda.

FELIPE TRIGO

¡Miedo!...

EL CONFESORARIO

Artículo de DOMINGUÍN

A MALIA MOLINÁ,

CANDELARIA MEDINA,

SAFO y PRECIOSILLA

Opiniones sobre el bigote

RAMON ASENSIO MAS

Cuentos inocentes.

FERNANDO AMADO

La intención se tuerce.

JOAQUÍN ALCAIDE DE ZAFRA

Por esos mundos de amor...

FÉLIX RECIO

Nuestras cocotas.

F. VILLAESPESA

La mejor canción.

PEPE ONTIVEROS

[Mis aventuras amorosas,

TOVAR, KARIKATO y ALFONSO]

Caricaturas y retratos de Fru-Fru, Angellita Roíg, Dominguín y otros dibujos.



FRU-FRU

Gentilísima *divette*, nacida en Talavera de la Reina,  
y actualmente reina de su género  
en el Teatro Madrileño...

5 cénts.



## ¡¡HASTA PARECE MENTIRA!!

Carta que á su ex novio Pura manda un «socio», lleno de ira, porque ella se fué de jira mientras él se fué á la jura.

### I

«Aguardándote estuve en Recoletos,  
de las diez á las dos,  
por verte echar un beso á la bandera;  
¡pero como si no!

Mientras yo fuí á la jura, tú de jira  
te fuiste con *tu amor*,  
marchándote de casa so pretexto  
de ir á tomar el sol.

Pero, cuando tú vas, yo estoy de vuelta,  
pues no pienses que yo  
me chupo el dedo, como tú le chupas  
la sangre á *todo dios*.

Ni vayas á creerte que lo siento  
por llevarme un plantón,  
pues muchos más de los que puedan darme  
son los que he dado yo.

Lo siento nada más porque creía  
que, al ser «tu picador  
de tanda» militar, á la bandera  
tendrías afición.

Te juro que por esa sola causa  
lo siento; mas no lo  
puedo llorar... ¡Tu boca de vampiro  
me ha dejado sin sangre el corazón!...

### II

Quando tú eras mi novia y yo tenía  
la «tabla» en San Antón,  
¿no te dí en infinitas ocasiones  
grandes pruebas de amor?

Si subía la falda á la parroquia,  
¿no hacía una excepción  
contigo?... Si la lengua me pedías,  
¿no te la daba yo?

¿Te puse inconvenientes ni reparos,  
aunque á veces—por mor

de los muchos pedidos—se quedaba  
sin lengua San Antón?

Quando la carne estaba por las nubes  
¿no te dí la mejor,  
bajándote la falda aunque subiese  
de precio?... ¡Dí que no!

¿No tomaste á las cosas de mi oficio  
tan resuelta afición,  
que no te separabas de mi puesto  
de carne ni *pa Dios*?

Pues, entonces, contesta: Si es tu novio  
militar, ¿por qué no  
les fuiste á echar un beso á las banderas  
y estandartes, grandísimo pendón?...

### III

No creas que me enoja tu conducta,  
pues ya sabes que yo,  
mientras que fuimos novios, siempre tuve  
la paciencia de Job.

Hoy la tengo más grande todavía  
que aquel santo varón,  
y no me dan tus cosas—¡te lo juro!—  
ni frío ni calor.

Pero, como presumes de patriota  
(por cierto con razón,  
pues—como patria—claro que la tienes),  
tu ausencia me extrañó.

Vamos, que no me cabe en la cabeza  
(y es raro, porque yo  
la tengo bien crecida) el que faltárais  
á la jura los dos.

Eso de un militar irse de jira  
me parece un horror;  
y, si sus jefes llegan á enterarse,  
pensarán como yo.

Y, en fin, que no es persona de buen gusto,  
porque siempre es mejor  
el que las socias besen la bandera,  
que el que los socios besen á un pendón...»

Por el t. blajero,

*Carlos Miranda.*

# I M I E D O ! . . .



RA la pesadez de la siesta: esa pe-  
reza voluptuosa y vibrante de Ma-  
yo que nos hace soñar el infinito  
derroche de la vida en plena quietud,  
que nos hace imaginar carros voladores,  
donde tendidos sentir el vértigo,  
que nos hace recordar los huecos de  
sombra verde en que los rosales se  
derraman de flores y perfumes para  
embriagarse y dormirse mientras  
los abanican, leves y calladas como  
sus sueños, las mariposas...

Una, ócrada y roja, grande, entró en el comedor desde el jardín, por la ventana entreabierta, sorteando la colgadura y el transparente, en que á la faja de luz tomaban visos metálicos su río azul y sus ninfas medio desnudas. Flores dentro también; palmas desmayadas, nardo de fuerte esencia, que se extendía y flotaba en la semiclaridad... Y la mariposa voló á los destellos de las tazas, al níquel de la tetera, á las cabezas de los dos luego; negra y hermosa la de ella, la de él de frente noble... Pero Leonarda la había sentido, fugaz, como una idea, y al abrirlos ojos creyó ver la idea misma en chispa de sangre y de oro, rica y pasional... Se engañó.

Leonarda le espiaba; seguía él en el silencio aquel tan largo, allá enfrente, tumado en la butaca, un brazo fuera y contemplando al extremo de sus finos dedos la boquilla del cigarro... ¿Por qué? ¡Callar cuando el marido los dejaba, tras una conversación de fin alegre de almuerzo; audaz por parte de este hombre, cuya mirada de don niño la irritaba y la hacía temblar!... Quizás iba repentina su osadía á rasgar la aparente displicencia, sin recatos, ahora que por primera vez estaban solos... tenía miedo Leonarda.

—¿Duermes?

—¡Oh, no! ¡Qué ocurrencia!  
—Se está tan á gusto aquí—repuso Augusto.  
Fumó. Cambió de una mano á otra el cigarro.  
Ella volvió á mirarle. Su conversación, sus  
sonrisas amargas, triunfadoras, irónicas; su ta-

## DESPUÉS DE LA BODA



—¡Y qué tal anoche, hija mía!  
—Como una seda, mamá, como una seda.

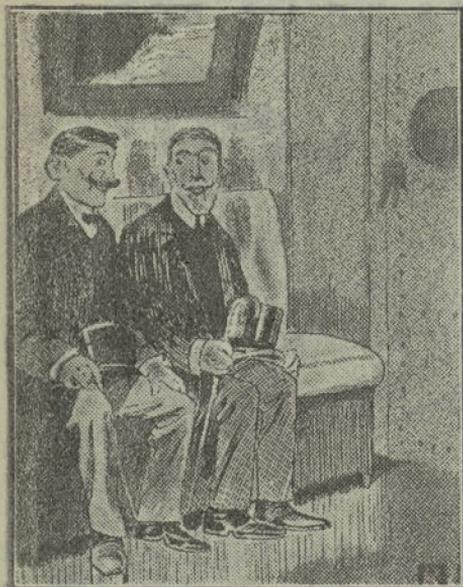
lento sutil, confirmaban su fama, allá de lejos venida en ecos de escándalo. Mari se lo había escrito al llegar él: «Ten cuidado. Es un hombre sin aprensión, sin respetos. Cree que somos como algunas todas las mujeres...» Sin embargo, precisamente de Mari se decía... ¿Celos? Dulce parecía su trato, lleno de cortesía y distinción..., aunque quién sabe si contenido por la falta de oportunidad to-

davía... Y Leonarda se puso roja; él había alzado los ojos y la sorprendió mirándole... Una mirada á traición, de acecho, de salto de tigre... la de él, que sonreía; en seguida la vió levantarse yendo al piano, á cuyo teclado, en jugueteo, le arrancó esta frase de *Lohengrin*, que conocían los dos:

*Or d' amor puro é santo  
calmate in me l' ardor...*

Mas, ¿qué hacía después?... Allá por el

## ESPERANDO AL MÉDICO



—¿Se llama Julia.. y vive en la calle de Pelayo?

—Sí, señor.

—Entonces... no diga usted más. ¡Somos dos compañeros... en desgracia!

piano, perdido en la penumbra del rincón, entre los macetones y los mueblecillos, detrás de la butaca, que en el respaldo la guardaba como una concha de celeste raso donde hubiera tenido que erguirse violentamente para volver la cabeza. Crecía su miedo. Escuchaba y oía nada más el tic-tac del reloj sobre la chimenea, en el reposo absoluto

de la casa, del jardín. Miraba por el espejo de enfrente y presentábasele tan sólo el extremo de la maciza estantería de roble, con sus estatuillas brillantes de metal y sus jarrones de palmera, destacándose en el fulgor de la siesta, filtrado perezoso y cálido por aquella faja del transparente, donde las ninfas en el río azul se bañaban. Moverse... ¡ah, moverse fuera mostrar su recelo al acaudador hábil, que se enorgullecería de haberlo producido con tanta facilidad!... Fija en el cristal persistía en la tersa luna de enfrente, vigilando, asimismo, la callada insolencia de aquel hombre que quizás iba traidor á acercarse y... ¡Sus labios se estremecieron como al deleite y á la indignación de un beso robado! Porque recordaba la carta: «...sin aprensión, sin respeto... Un ser de cinismo incomprensible...»

Efectivamente: se acercaba Augusto trayendo un álbum, para volver á su sitio. Pasó tan cerca de la joven que la pisó el vestido.

—¡Perdona! replicó humildemente afable, más aturdido de lo que merecía la pequeña torpeza.

Se puso á hojear el álbum, en una indiferencia tranquila y cortés.

Fué entonces cuando pensó Leonarda que tal vez le había calumniado Mari, que le había injuriado ella, al menos, con sus brutales sospechas. En verdad que no hubiesen correspondido á como le recordaba de chiquillo, á la irresistible simpatía que ahora, igualmente, le captaban su amabilidad y su correcta educación de caballero. Si en alguna ocasión había sido clínico, ya sabría por qué su exquisito tacto y su talento tan sagaz para meterse por los ojos dentro del alma de quien le hablaba. Y al par que se alegraba de sus observaciones, se le desvanecía el miedo y se le trocaba en bien contraria inquietud: la de que hubiese podido comprender Augusto la ofensa de aquel miedo estúpido... por lo cual ¡oh sí! no quería hablarla... ¡Sí, sí, qué vergüenza!... Tuvo repentina que bajar los ojos, de nuevo descubierta mirándole en el rápido mirar de él, que preguntaba:

—¿Quién es ésta?

—¿Esa? Mi prima Luz, hija del hermano de mi padre.

Y obsesionada tornaba al análisis de la situación extraña. Hallábase ridícula con sus temores, como si tan débil se sintiese que capaz no fuera de afrontar el más pequeño riesgo. Aparte de que había visto el peligro de su vanidad únicamente, pues no estaba segura de que visiones de su vanidad no fuesen los ruegos é insinuaciones que creyó descubrir en los ojos y en las palabras de Augusto durante los días pasados. ¿Por quién

La tomaba Mari, además, escribiéndola una carta exageradísima en que la suponía una fragilidad necesitada á todo trance de avisos y protecciones?...

—Es muy guapa tu prima.

—Sí, muy guapa.

—Se te parece á rabiár.

Como había vuelto Augusto á contemplar el álbum, no pudo ver, aunque lo adivinó, la sonrisa de triunfo de su gentil amiga, que se complació observándole extasiado en aquel retrato, cuyo parecido con ella era de gemela. Recobraba la serenidad, el dominio de su palabra, que tenía también su cierta fama de intencionada. Y hablaron al fin, con indolencia galante llena de profundidades, ya templados al unísono sus pensamientos.

—Vive en Valencia, ¿sabes? Te había de gustar. Inteligente sin pedantería, elegante sin afectación, y mucha, mucha alma... Creo haberte oído que así es la mujer que sueñas.

—¡Cuánto se te parece!

—Una mujer extraordinaria, te digo; pero una mujer extraordinaria, en quien valen mucho más aún que la figura el corazón, y el espíritu.

—¡Oh, hazme conocerla, por Dios! Necesito su cariño para siempre.

—Imposible.

—Se lo arrancaré mi adoración.

—¡Se lo impediré su decoro! Tu adoración sería inútil. Está casada.

—Entonces... *verdad*; ¡inútil!—murmuró desolado Augusto.

Una malicia increíble animó el semblante de Leonarda.

—Bah; te choca mi... resignación porque ibas creyendo, igual que los demás, que soy un desalmado D. Juan, loco en busca de placeres, cuando no soy sino un pobre Quijote, cayendo y levantándose en harto insensatas ó cómicas batallas por el ideal... Esa... una mujer como esa, formaría el de mi vida... si pudiera ser *toda* para mí...

Ella callaba, sumergiéndose con delicia en la amargura sombría é infinitamente vaga de las palabras de Augusto.

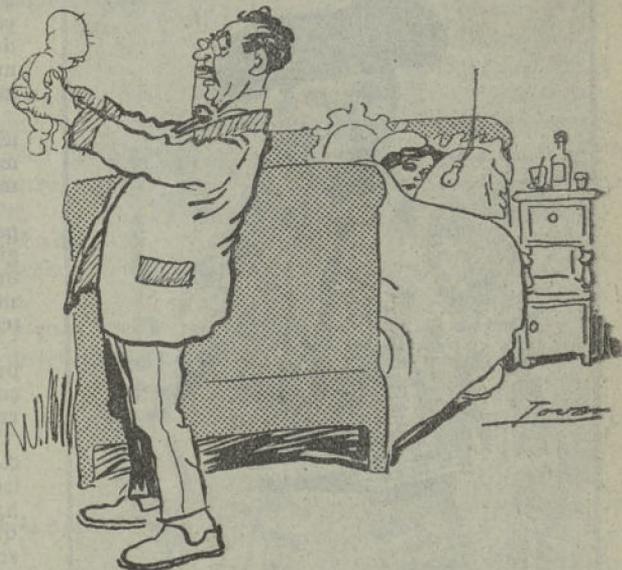
—...Casada: me da miedo, espanto... pues con una mujer extraordinaria como... tu prima... ni puedo pensar en amorosas comedias...

—¡Christ! ¡Mi marido!—interrumpió Leonarda sintiéndole volver.

Bajó él la voz y concluyó la frase:

—...ni debo querer buscar trágicos desenlaces desde antes mismo de estar ciego para llegar á ellos. Tiene mucha alma para ser sin peligro idolatrada.

## LOS RECIÉNACIDOS Á FINES DEL SIGLO XX



*El nene al padre. — ¡Esa lengua la he visto yo antes de ahora!*

Dorada y roja como visión de lumbre, voló la mariposa, sacudida en la seda de la colgadura; salió por la misma puerta que el marido entraba.

Y desde aquella tarde, Augusto es el entrañable amigo de Leonarda.

Y desde aquella tarde, siente Leonarda junto á Augusto el valor y el dominio de la virtud triunfante.

Y él... sonríe...

*Felipe Trigo.*



# El confesionario

## DOMINGUIN

**M**i historia amorosa concluyó el día que me casé. Y como me casé á los veintí años, pues resulta que mi historia amorosa es muy corta.

Y eso que yo comencé á torear y á vivir «por ahí» siendo aún muy muchacho, y esto, naturalmente, me hizo conocer mundo relativamente pronto.

No recuerdo—lo digo con toda sinceridad—no recuerdo ninguna aventura amorosa digna de contarse. La que más me emocionó fué, por inesperada, una que me ocurrió siendo yo

un chiquillo barbilampión, en un pueblo de la provincia de Toledo, donde otro compañero de fatigas y yo toreamos cuatro torazos, grandes y viejos, y matamos uno cada uno el día de la fiesta de aquel lugar.

Cuando ya la «corrida» iba á terminar, un mal bicho de aquellos me agarró y después de voltearme me clavó un pitón en una pierna.

Yo no quería darle importancia; pero los mozos del pueblo me cogieron en brazos y me llevaron á una casa, situada dentro de la misma plaza en que hablamos toreado.

Me instalaron muy bien y empezaron á atenderme y darme de comer de un modo que, la verdad, era para alegrarse de lo ocurrido.

Al principio tuve en la habitación en que estaba la *mar* de visitas; pero luego, conforme se fué haciendo tarde, se marcharon y me quedé solo con dos señoras, que, según me dijeron, eran las dueñas de la casa y se habían compadecido de mí y me habían recogido.

Pasó aquella noche y pasó el día siguiente en paz y en gracia de Dios...



ANDRÉS DEL CAMPO

A los cuatro ó cinco días la herida había casi cicatrizado, y yo estaba bueno... Pero las señoras, mis protectoras, se empeñaron en que continuara allí, y yo no me sentía con fuerzas para contrariarlas.

Pues, bueno, y vamos al resultado. Una noche, cuando yo más tranquilamente dormía, soñando quién sabe las locuras, una de las señoras se presentó junto á mi cabecera, y llorando y pidiéndome perdón por lo que ella llamaba «una expansión del corazón», me dijo que estaba enamorada de mí... y que la daba mucho miedo estar sola en su habitación.

¡Cielo santo, qué conquista aquella!... Mi «enamorada» tenía aproximadamente cincuenta años y era flaca, tuerta, un poco tartamuda y coja..

No me he visto más apurado nunca. La tuve que dar calabazas y, claro, al día siguiente salir de allí.

Ahora, ya casado y padre de familia, ¿qué voy á decir? Me he retirado.

Todas mis ilusiones están en mi «gentecita», y por ellos, claro, en mi profesión. Trabajo con ahinco para ser un buen matador de toros... y nada más.

*Andrés del Campo.*



## Los hombres ¿deben usar bigote ó barba ó bien deben afeitarse completamente?

Mi distinguido amigo Hidalgo: Es casi más difícil resolver la pregunta que usted me hace de si los hombres deben usar bigote ó barba, ó bien deben afeitarse completamente, que el problema del Rif.

En cuanto á mí se refiere, debo decirle que en este punto soy *ecléctica*; es decir, ni con barba ni rasurados: con bigote.

Queda usted complacido y yo al propio tiempo, pues me da ocasión de repetirme de usted afectísimá amiga,

AMALIA MOLINA.

Soy enemiga de los hombres barbados; no puedo remediarlo.

Desde una vez, hace algún tiempo, en que un señor calvo y con unas barbas muy largas y muy negras (pintadas indudablemente), estuvo enamorado de mí y me siguió á varias poblaciones en que trabajé, sin tener en cuenta los desaires que en todo momento le hacía, me desagradan los hombres que llevan pelos en la cara.

Por razones de higiene... y de algo más también, yo creo que la cara debe llevarse limpia y rasurada. ¡Un hombre que se afeite todos los días es el ideal de una mujer de gusto!

A lo más—y esto es como una prueba de tolerancia—yo transijo con los hombres que tengan [un bigote pequeño ó lo lleven tan recortado que parezca que no tienen *ná* (hablo del bigote, naturalmente).

Esta es mi opinión para lo que valga.

CANDELARIA MEDINA.

Entre mis amigos, los hay con bigote, y en verdad que no me atrevo á opinar por esta causa. Pero pido perdón á los que lo tienen para decir que, ante la cara salvaje de Bagaría, hermano de Otello, el más grande y bruto caricaturista; la fina y delicada de Ceferino AVECILLA, el florentino, hermano de Pierrrot, y la ingenua de Tomasito Borrás, el poeta del *Pajecillo colorado*, hermano de Werther; los tres compañeros de «Athenas»—los tres sin bigote—me parece mal que éste se lleve. Y hasta que ellos lo usen no votaré en su favor.

SAFO.

He tenido novics con bigote y sin él. Por lo tanto, estoy documentada para opinar.

No me gustan los hombres con la cara completamente rasurada, porque me parecen gente de Iglesia, y yo, gracias á Dios, con esa casta simpatizo poco. Tampoco me agradan los que tienen barba salvaje por la misma razón: porque me parecen frailes franciscanos.

Me coloco, pues, en un justo medio: con bigote.

Y, naturalmente, como los hombres son en su mayoría unos descuidadotes que lo llevan de cualquier manera, cojo tijeras y me dispongo á arreglárselo, hasta dejárselo muy recortadito y muy mono. ¡Ah! Y si es negro, le teñiré de rubio.

Aquí tienen ustedes, pues, mi gusto: bigote rubio muy recortadito.

PRECIOSILLA.

# CUENTOS INOCENTES

## EL PELIGRO

**A**NUDÁBAME la corbata en pie, frente al armario de luna, y en la brumada superficie del espejo contemplaba la figura estatuaría de la mujer de Sanz, tumbada boca arriba en el revuelto lecho, con los rubios cabellos en desorden, al aire los bra-



—Ya lo sabes, hermoso: dos pesetas si vas de paso, y tres si te quitas las botas.

—¡Remoño! Y eso, ¿por qué?

—Por mor de la desinfección.

zos y mal velado el seno palpitante por las cintas y encajes de la camisa. Inmóvil, silenciosa, cerrados los divinos ojos que, momentos antes, dilataba el placer, dijérase al verla que buscaba en la quietud absoluta el modo de recobrar sus fuerzas agotadas en la fiebre

del combate amoroso que, en aquella ocasión, fué largo y reñido.

El reloj del gabinete cercano interrumpió el silencio de la tarde con siete campanadas que repercutieron solemnes en la alcoba. La de Sanz, estremeciéndose ligeramente, abrió los ojos y exclamó inquieta, volviéndose hacia mí:

—¿Has oído?... ¡Las siete!

—¡Bah!... ¿Qué te importa?—la contesté.

—¡Oh, es muy tarde!—replicó incorporándose en el lecho—. ¡Mi marido puede volver á casa y si no me encuentra!...

Confieso que aquella inesperada salida me hizo gracia y sin poderlo remediar comencé á reír á carcajadas. Miróme absorta mi interlocutora durante unos instantes y aguardando pacientemente á que pasase el acceso de mi risa, continuó diciendo con mucha seriedad:

—¿Te sorprende que mi marido me cause miedo? Lo creo. Casi todos mis amigos piensan como tú. Y es que, como mis deslices son tan frecuentes, la gente ha llegado á creer que Sanz es un pobre hombre que lo sabe todo y aguanta la carga con paciente resignación. ¡Qué equivocados estáis! Yo te digo que no sabe nada; absolutamente nada... Es más; te juro que, si no le temiera, no le engañaría.

¿Habla en serio ó se estaba burlando de mí aquel diablo tentador de cabellos rubios y carnes apetitosas? Era curioso el caso, y espoleado por el afán de conocerlo á fondo, tomé asiento en el borde de la cama y exclamé con infantil impaciencia:

—¿A ver?... Expílicate.

—Es muy sencillo—añadió la de Sanz mientras jugaba con las franjas del edredón.— Los temperamentos como el mío necesitan el acicate del peligro, las emociones fuertes ó dolorosas. No hay nada tan sabroso como el placer gozado á hurtadillas, deprisa y corriendo, con la incertidumbre del pecado y el temor de ser sorprendidos. En esos momentos, los nervios vibran como cuerdas desatadas y la fruta del árbol prohibido tiene un sabor tan exquisito y un aroma tan penetrante que, la que lo prueba una vez, no tiene más remedio que seguir pecando.

La miré sorprendido. Ella, provocativa y coquetona, se inclinó hasta besarme en los ojos y continuó, diciendo en tono confidencial:

—Yo era un modelo de virtud, ¡no vayas á

reírel, y me casé tan enamorada de Sanz que ni las ordinarias vulgaridades de la vida doméstica consiguieron apagar mis ilusiones. Así transcurrieron dos años y, seguramente, nunca se me hubiera pasado por la imaginación la idea de engañar á mi marido, si las circunstancias no me hubieran obligado.

—¿Las circunstancias?

—Sí. Escucha como fué.

Acomodéme, lo mejor que pude, hasta quedar medio tendido sobre el amplio lecho y mi bella amiga, con aquella elocuente verbosidad suya, se expresó del modo siguiente:

—Mi marido, según tú sabes, es un gran devoto de la vida campestre y por aquella época solía organizar grandes partidas de caza á las que concurrían infinidad de amigos nuestros. Estas excursiones duraban á lo mejor semanas enteras y á mí me divertían de un modo extraordinario por la serie de lances y de peripecias que nos ocurrían.

—Adelante con los faroles.

—Verás. Una tarde, regresábamos de cazar liebres, cuando nos sorprendió en pleno campo una tormenta horrorosa. Espantado mi potro con el fragor de los truenos y el resplandor de los relámpagos, emprendí tan veloz carrera que, aunque toda la comitiva trató de seguirle, fué inútil empeño y pronto me ví perdida en las gargantas y desfiladeros de la sierra. Caía el agua á torrentes, rugía desencadenado el huracán, y yo, aterrada, me agarraba á las crines del caballo, cuando el animalito resbaló... y caímos rodando por un precipicio. Di un grito, sentí un golpe en el hombro y me desmayé.

—¡Caramba! ¡Eso es folletinesco!...

—No te burles. Cuando recobré el conocimiento me hallé á oscuras, acostada sobre un montón de paja en el fondo de una gruta abierta sobre la roca viva. Traté de incorporarme y una mano me sujetó con fuerza, mientras una voz, enérgica y varonil, exclamaba á mi lado: «—¡Quieta!... Ha caído us-

## FILOSOFIA DE TENDEDERO



—¡Y pensar que cuesta tanto trabajo y hay que moverse tanto para limpiar lo que otras ensucian en un momento, moviéndose también!

ted en mi poder y no se escapa. ¡La juro que me aprovecharé de la ocasión!

—¡Sopla!...

—¡Figúrate qué advertencia!... Reconocí en el que estaba á mi lado á un capitán de húsares, que formaba parte de los excursionistas y que venía cortejándome desde el verano anterior, y excuso decirte que estuve á punto de desmayarme otra vez. El capitán, que era además un arrogante mozo y un consumado jinete...

—Enhorabuena.

—Gracias; resultó que me había seguido, y más hábil ó afortunado que los otros, me



*La doncella.*— ¡Anda!... El de mi casa los tiene más gordos,

recogió desmayada en el fondo del barranco, refugiándose conmigo en aquella gruta. ¡Pobre hombre! Comprendí que el amor le había prestado alas para lanzarse en seguimiento mío y que por mi causa acababa de correr el peligro de estrellarse, y esta consideración movió mi ánimo á la más profunda

gratitud. Sin embargo, me abstuve de demostrárselo, y fingiendo una cólera que no sentía, le rechazé con violencia.

—Nada más lógico.

—¿Verdad que sí? Hijo, yo creo que era lo indicado.

—Indudablemente. ¿Y el capitán estuvo correcto?

—Correctísimo. Al oír que me quejaba del golpe recibido en el hombro, encendió una cerilla y quiso reconocermé; pero yo, indignada, me opuse terminantemente y no se lo consentí... hasta que apagó la luz.

—¡Bien hecho!

—Entonces, á obscuras, le dejé que me desabrochase un poco el vestido, y al notar el roce de su mano impaciente sobre mi piel desnuda, sentí un escalofrío tan dulce, una sensación de voluptuosidad tan agradable, que comprendí que estaba perdida si el cielo no realizaba el milagro de que se presentase de pronto mi marido. Y así fué.

—¿Se presentó — pregunté aterrado.

—Sí, pero ya era tarde; el reconocimiento había ido más lejos de lo que pensábamos, y puedes calcular que ni el capitán ni yo estábamos para nada... Confusamente llegó á nuestros oídos la voz de Sanz, que discutía fuera con un grupo de cazadores... Mi compañero vaciló un momento, pero yo, excitada doblemente, tuve un arranque, y abrazándole con todas mis fuerzas, le dije rabiosa y en voz baja: «—¡Cobardel!... ¿Así se abandona á una mujer delante del peligro?...» No acabé de decirselo, cuando el capitán se lanzó sobre mí como un lobo, y rodamos abrazados por tierra. Y el delirio, ¿sabes? Cuando, pasada aquella borrasca, volvimos á la razón y nos dimos cuenta de lo sucedido, las voces de mi marido y sus acompañantes se perdían á lo lejos.

—Menos mal que no entraron. ¡La sorpresa hubiera sido terrible!

El reloj del gabinete volvió á sonar. Yo, inquieto, receloso, me puse en pie.

—¡Las siete y media!... ¡Anda, vistete, que es muy tarde!...

Pero la de Sanz, sin oírme, abismada en sus reflexiones, decía:

—¡Oh, el peligro!... ¡Es el goce mayor, la voluptuosidad suprema!... ¡Quien lo prueba una vez, no tiene más remedio que seguir pecando!

Y como viera que yo la contemplaba con creciente asombro, me tendió sus brazos desnudos y exclamó entornando los ojos y sonriendo deliciosamente:

—¡Ya no tiene remedio!... ¡Ven!

*Ramón Asensio Más.*

## LA INTENCIÓN SE TUERCE

**H**AY una vieja y picante locución castellana que dice: «Tu madre en misa y tú en camisa, y todos son inconvenientes...»

Y, es cierto. A cada paso sucede que dos, tres ó más coincidencias, parecen acoplarse y concurrir al feliz advenimiento del mismo hecho, y, de pronto, sin saber cómo, todo se desmorona y salta en añicos, poniendo muy lejos de nuestro alcance lo que, discurriendo lógicamente, dábamos ya por comido y gozado.

Y es que, «cuando las cosas no están escritas», no hay esfuerzo humano que aproveche, ni santo que valga.

Dígalo, si no, la última desventura del Perico X, marqués por más señas, una de las figuras más interesantes y lamidas de la alta aristocracia.

Hacia dos meses que el joven Perico perseguía á la arrogante desnudada Adelina T. gloria de nuestro pequeño mundo galante. Las caderas y los sombreros de Adelina son, por lo grandes, célebres.

Es una rubia alta, indolente como una criolla, rodeada por todas partes de pomposidades lascivas.

Adelina, con objeto quiza de poner más tarde mayor precio á sus favores, resistió porfiadamente á los apasionados asaltos del marqués, reiterándole que su conquista iba á costarle tiempo, paciencia y acaso graves sacrificios.

—Es preferible—decía—que cifre usted sus anhelos en otra mujer que, por muy orgullosa que se muestre, ha de parecerle menos difícil que yo. Es imposible berir mi corazón. Yo, como usted sabe, tengo dos dueños: uno, á quien amo por conveniencia; otro, á quien adoro «porque sí». Mi codicia

está satisfecha; mi corazón también; soy, pues, invulnerable.

Estas negativas exasperaban á Periquito. —No importa—decía—yo solo valgo más que esos dos juntos: dinero, generosidad, pasión, locura... ¡todo eso hallará usted en mí!

Tantas y tan rendidas protestas concluyeron por blandear la risca decisión de Adelina, quien, lentamente, fué enmendando su primitivo propósito, hasta otorgar su consentimiento á los deseos del marquésito.

Así, pues, quedaron en que á la noche siguiente se irían á cenar y luego... donde el doble y exquisito vértigo del vino y del amor les llevase.

Y lo hicieron según lo tenían pensado. A las cuatro de la madrugada, Adelina y Perico, borrachos de champagne, apenas podían andar.

—¿Dónde vamos á dormir?—preguntó él.

E la repuso:

—Donde gustes, con tal que no sea á mi casa. No quiero que mis criados me vean así.

Dando graciosos traspiés, y sosteniéndose mutuamente, subieron las escaleras de un Hotel garni. Penetraron en un gabinete decorado de rojo; bajo el claror blanco de una lamparilla eléctrica, Adelina comenzó á desnudarse; bien pronto apareció, tras los sutiles encajes de su camisa, su carnaza incitante y rosada.

El marquésito, enajenado de pasión, avanzó hacia la joven con los brazos abiertos.

¿Quién, viéndole en tan decisivo momento, hubiese dudado de que aquella mujer iba á pertenecerle?

Y, sin embargo, así fué. Repentinamente, Perico perdió la noción de la realidad, la imagen de Adelina se borró de su pensamiento, y dando una larga zancada fué á



—¡Ay! ¡Cómo se conoce que estudias para toxicólogo!

caer de bruces sobre el lecho donde quedó profundamente dormido. Despertó ocho horas después; miró á su alrededor con ojos estúpidos. Adelina no estaba...

—Me ha dado *mico* —pensó; la muy perra se ha burlado de mí.

Y sin hacer otras averiguaciones, comenzó á arreglarse un poco su tocado. Todo él estaba desordenado, estropeado. La corbata caída, el cuello suelto, el chaleco desabro-

## EN LA CÁMARA NUPCIAL



La doncella. —¡Ay, mamá!... ¿Le habrá advertido á él también su papá?

chado, el pelo en desorden. Quien le hubiese visto le habría desconocido: no era él, el elegante Perico rito, tan cuidado siempre.

Cuando estuvo arreglado, sin esperar á más, se fué.

¡Esta ligereza le perdió! Si Perico, el pobre é ingenuo Perico, se hubiera molestado en registrar la habitación, hubiese visto que Adelina, más borracha que él, y sin fuerzas para subirse al lecho, se había dormido debajo de la cama...

*Fernando Amado*

## SUCEDIDOS...

Entre criadas.

—Hoy me han despedido.

—¿Por qué?...

—Por sospechas que no pueden fundarse en nada. La señora decía que yo recibía visitas nocturnas. Figúrate ¡qué disparate!...

—¿Luego, no era cierto?...

—No; el que entraba á verme después de la una de la madrugada, era el señor... y eso, como es natural, la señora no lo sabía.



POR ESOS MUNDOS DE AMOR...

## HOSPITALARIA

(Penetro en la hostería). —¡Eh!... ¡Hoste-  
leral!...

¿No hay nadie que responda?... ¡Por mi vida! que la cosa va siendo divertida...

¡Ah, de casa!... (Silencio por doquiera).

¡(El vendaval, furioso, brama afuera...)

Toda la gente debe estar dormida...

Tan sólo una farola hay encendida,  
que alumbra débilmente la escalera.)

(¡Pego con rabia un fuerte aldabonazo!...

Alguien lo oyó, pues siéntese un portazo,  
y una arriscada moza, en el momento,

llega hasta mí solícita y exclama:)

—Lleno está todo... No hay ninguna cama...

¿V á no ser que paséis á mi aposento?...

*Joaquín Alcalde de Zafra.*

SEGORBE



## FELIPE TRIGO

Nuestro amigo y maestro, el insigne novelista Felipe Trigo, que ha estado enfermo algún tiempo en una casa de campo en Extremadura, ha regresado á Madrid, curado por completo de su dolencia y dispuesto á continuar su obra admirable...

¡Sea bienvenido!

yo tomamos el teatro «Buenos Aires» con una buena compañía. Tuvimos éxitos ruidosos y buenas entradas; pero á los veinte días notamos una falta en los ingresos de 7.000 pesos. Aunque fueron procesados por Rogelio Pérez (el empresario), yo me quedé sin blanca.

El doctor Malagarriga me protegió y volví á formar compañía para Mendoza, población argentina que confina con los Andes. Allí tuve mucha suerte; me parecía estar trabajando en Apolo, Eslava ó cualquier otro teatro de Madrid.

A los veintinueve días de ver el teatro lleno tuve un mal despertar. El socio encargado de la caja, arrendatario del teatro y conserje del casino español, se fugó á Chile con sus siete hijos, etcétera, etc., y el dinero para pagar mi compañía y además mi fonda. Cuarenta y tantas familias en pleno arroyo y á cuarenta duros de tren de la capital, en segunda; allí no hay tercera.

La Providencia, en forma de fondista almeriense, nos recogió á cuatro que éramos de familia y me dijo: «Venga usted á mi casa con su familia y hasta el año que viene no se preocupe de pagarme».

Acepté. ¿Y cómo no?

A los dos días recibí proposiciones de Chile para llevar compañía, ofreciéndome 22.000 pesos para gastos. Empeñé lo que me quedaba y fui á Buenos Aires á formar el elenco, no pudiendo encontrar tiple ni barflonco nuevos en la plaza. Me dijeron que en Montevideo los encontraría por haber fracasado Gómez Rosell y Ga-

guido que sus varones hayan sembrado su raza y su idioma en cuatro partes del mundo. Esto sin contar á los judíos que, descendiendo de los expulsados de aquí, siguen hablando el español, como lengua familiar, en Asia, donde quizá no conozcan á nuestro rey ni por la moneda.

¡Y qué lejos parece que está esto de mis amores!

Pues nada de eso. Uno de mis grandes amores es mi patria.

Yo he llorado de emoción en el extranjero al pasar frente á nuestro consulado.

Es más. Viendo una caja de cerillas con nuestro escudo y los colores nacionales.

¡Ahí es nada! Una bandera cuyos colores simbolizan dos ríos de sangre y uno de oro.



Muchos incidentes me quedan por contar y quizá los más salientes; pero resalta, á mi modo de ver, algo monótono y pesado para el lector el encontrar en todos los números el *mismo perro*, aunque con diferente collar.

Por esta razón, y dejar dos páginas disponibles para que llenen el hueco que les correspondía á los artistas de ambos sexos que quieren confesarse en LA HOJA DE PARRA, voy á contar el incidente final de este folleto y que fué el móvil que me impulsó á publicar mis secretos amorosos.

El incidente á que me refiero lo titularé:

MIS AMORES CON LOS  
HOMBRES EN ULTRAMAR

Cuando fui contratado para la República Argentina, iba, como todos, pensando en traer muchos pesos. Pero el hombre propone y Dios dispone.

Llegué y me presenté como soy aquí: modestamente en el vestir, en el hablar y en el trabajo. Amigo de comer bien y beber mejor.

Además, llegué sin dinero y empeñado con los camareros del vapor. Esto tiene su explicación.

Cuando me embarqué en Barcelona tuve la desgracia de tropezar con la *semana roja* y retrasar mi viaje veintidós días. Durante este tiempo apréte mis recursos pecuniarios, pues los alientos costaban un ojo de la cara y había que buscarlos saltando barricadas y desafiando las balas. Prueba de ello es el dueño de «El Ciclista» (plaza del Buen Suceso), que nos guisaba; otro amigo y yo salimos una mañana á comprar hievos y conejos que vendían en la calle del Arro del Teatro, y si no encontramos cerca una frutería cuya puerta cedid á nuestro empuje, quizá á estas horas estaría contando mis amores en LA HOJA DE PARRA del otro mundo, si es que allí se estilán estas cosas.

El amigo que nos acompañaba no tuvo la suerte de mi fondista y yo. No he vuelto á saber de él. Mi comadre, Juñta Fons, le regaló á su hija-

do el día de San José una libra esterlina, y con este capital y tres pesetas embarqué en el *León XIII*.

Al llegar á Montevideo, puse un cable á mi empresa para que saliera al muelle con 200 pesos para pagar los extraordinarios de veintidós días de viaje.

¡Me maté!

Allí, donde todos van presumiendo de grandes, aunque sean del montón, llegar un director y primer actor popular teniendo que *sablear* para saltar á tierra, ¡imposible!

Sin embargo, salí mejor parado que otros actores de más mérito que me precedieron. Dos han muerto; dos viven. Uno no quiso aguantar á aquellos subordinados más que nueve días!

Yo tuve la suerte de contar con el paternal cariño de Julio Ruiz y pude resistir mis seis meses de contrato. A pesar de encontrar allí tres hermanos á quienes ayudé con mi sueldo (é uno de ellos solamente se le murieron 25 caballos y recolectó mil fanegas de trigo en vez de diez mil por no llover en sus charcas. En las Pampas no hay más riegos que el de arriba), todavía me sobró dinero para probar fortuna como empresario.

Me robaron tres veces.

Primera. Por el gusto de formar sociedad con Casimiro Orta (hijo), entré gué 900 pesos en oro. Volvió Casimiro y... trabajó con otro. De una mano á otra perdí 300.

Segunda. Crisanta Blanco, Joaquín Valle y

# NUESTRAS COCOTAS

## ANGELITA ROIG

**J**ULITO H., un catalán muy mujeriego y muy simpático, me había hablado varias veces de Angelita Roig, invitándome á conocerla.

—Ella sabe de tí y te espera. Vamos...

Al cabo, el domingo por la tarde, al salir de los toros, fuimos á visitarla á un pisito muy coquetón y muy alegre que habita en la calle de San Bartolomé.

Estaba ya esperándonos y había hecho que nos llevasen té.

Julio nos presentó, y pronto, en tono familiar y simpático, como viejos amigos, emprendimos los tres una conversación varia y amena: de toros, de política, de periódicos, de viajes, de amores...

Angelita opinaba de todo; para todo tenía una idea nueva, y hablaba con ese desenfado peculiar en las mujeres educadas que han corrido mucho.

Indiscreto, sin saber que lo era, glosando una frase de Angelita, yo expuse una opinión contraria á los hombres que engañan «de primeras» á una mujer y la abandonan luego.

Ángela palideció y bajó los ojos. Julio succionó con fuerza su cigarro. Fué un momento difícil, del que me di cuenta y del que quise salir llevando la conversación por otros derroteros.

Pero ella me atajó, mirando á Julio mientras hablaba.

—Sin embargo—dijo—hay casos en que la culpa no es de él toda...

Calló de nuevo Ángela y hubo una pausa larga é inquietante. De pronto Julito, volviendo á acogerse á su cigarro, me miró y me dijo:

—Pues esa falta... esa que tú censuras, la he cometido yo con Angelita. Pero verás...

Y pausado, sereno, mientras ella miraba al suelo silenciosa y yo escuchaba interesado, me fué contando que él y Ángela se habían conocido en Barcelona, muchachos todavía. Que se gustaron, que fueron novios, que se quisieron y que... en un momento,

saltando él una noche las tapias del jardín de la «torre» que ella habitaba con sus padres... que...

Nadie lo supo y transcurrió algún tiempo «queriéndose mucho». Después los padres de él le enviaron al extranjero una temporada. Y sucedió que la Fatalidad intervino y que durante la ausencia de Julio, Angelita, acosada por un pariente suyo muy lejano, viejo y sátiro, fué madre de una nenita rubia y linda...

Cuando Julio volvió, el viejo «responsable» había desaparecido; la nena había muerto...; pero quedaba aún el recuerdo. Y la unión de Julio y Angelita fué imposible.



ANGELITA ROIG

Años más tarde, desnudable ella de postín, se han vuelto á encontrar en Madrid y á sus amigos.

—¿Tú crees que podemos ser ya otra cosa?—me pregunta Julio gravemente.

Claro está que no. No pueden ser ya más que amigos. Y amigos sin que exista entre ellos algo que prosituya esta palabra.

Porque si intentaran evocar el pasado y «repetirle»; quizá llorasen y no pudieran. Lo sé por experiencia.

*Félix Recio.*



—¿Me hace usted el favor de decirme si esa señorita que ha entrado en el 15 es de la cárcara amarga?

—Usted viene á [quedarse conmigo, ¿verdad?

—No, hombre.. . con ella..

## LA MEJOR CANCION

Deja que enamorado, enloquecido, en tu seno recline mi cabeza, y olvide, contemplando tu belleza, todos los desengaños que he sufrido.

Como ya tu cariño he conseguido y esclava es de mi amor tu gentileza, las sombras de mi lúgubre tristeza, huyen á refugiarse en el olvido.

Mírame fija... ¡así!... ¡más todavía! Siento en mis brazos de tu cuerpo el peso y aumenta el corazón sus pulsaciones...

Acerca más tu cara hacia la mía... ¿Quiéres una canción? Pues... ¡toma un beso! ¡Es la mejor de todas las canciones!

*F. Villaespesa.*



## PASTORA IMPERIO, BAILA

Pastora Imperio baila, por fin, en el Salón Imperial, de Sevilla. Gallito no se ha opuesto... y ha hecho bien.

En Madrid, en el teatro Romea, la veremos dentro de algunos días. Entre tanta pobre muchacha como se echa á danzar todos los días, sin saber moverse ni aun en el escenario, la reaparición de Pastora vale un mundo. Los empresarios sevillanos señores Galiano y Montes, que la han conseguido, merecen elogios una y otra vez.

REV. TIP. DE EL LIBRERO

# LA HOJA DE PARRA

REVISTA FESTIVA

APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración inédita de los más ilustres escritores y dibujantes!

NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS.

Oficinas:

MÉNDEZ ALVARO, 2, PRIMERO

Apartado de Correos número 547

MADRID!

En Valencia: VICENTE PASTOR, Vitoria, 11.

En Barcelona: NARCISO ESPAÑA, Kiosco EL SOL.

¡PRODIGIOSO! ALEXGO ¡MARAVILLOSO!